

**TODOS LOS SANTOS**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**1 de noviembre de 2018**  
**Ap 7, 2-4.9-14; 1Jn 3, 1-3; Mt 5, 1-12**

Todos los Santos. Es decir, todos los santos y santas. La Iglesia –queridos hermanos y hermanas- celebra con alegría en una sola fiesta a todos los que ya participan de la gloria de Jesucristo. La Virgen y los santos más conocidos, pero también todos los hombres y mujeres, jóvenes y mayores, que se han dejado trabajar por el Espíritu Santo. Son los que el Papa Francisco llama "los santos de la puerta de al lado", de aquellos que han vivido cerca de nosotros (cf. Gaudete et Exultate [GE], 6). Entre ellos, están, también las personas que hemos amado y ya disfrutaban del Reino. La mayoría son santos anónimos a los ojos humanos, pero no a los ojos de Dios que los conoce y los ama uno por uno.

Ser santo. En el evangelio que acabamos de escuchar, Jesús nos ha explicado con toda sencillez qué es ser santo. Es vivir las bienaventuranzas que acabamos de escuchar. "Son como el carnet de identidad del cristiano", dice el Papa (GE, 63). Nos indican el camino que debemos seguir para ser buenos cristianos. Porque la vida cristiana es imitación de Jesucristo. Y las bienaventuranzas son el retrato espiritual de Jesús. Y nuestra vocación de hijos e hijas de Dios es transparentar la persona del Señor. Tener sus sentimientos (cf. Fil 2, 5) y vivir sus actitudes hacia Dios, el Padre, y con los hermanos y hermanas en humanidad.

Las bienaventuranzas pueden parecer poéticas y hasta provocar una atracción, una sintonía espiritual con los deseos de nuestro corazón. Pero, si nos fijamos bien, van muy contracorriente de las prioridades que imperan en nuestra sociedad. El estilo de vida de muchos es muy diferente de lo que propone Jesús en las bienaventuranzas. Y, en cambio, somos llamados a vivirlas y testimoniarlas. Son el camino hacia la santidad y la participación en la gloria de la multitud de los santos que hoy celebramos. Para vivirlas, sin embargo, no podemos contar sólo con nuestras fuerzas. Es necesario que el Espíritu Santo nos ayude con su gracia y nos libere de nuestras fragilidades y egoísmos, de nuestro orgullo y de nuestra comodidad, de la satisfacción de nosotros mismos (cf. GE, 65). Desde el momento que las bienaventuranzas son el retrato espiritual de Jesús que debemos reproducir en nuestra persona, sólo el Espíritu lo puede modelar en nosotros. Sólo el Espíritu nos puede hacer humildes y darnos un espíritu sencillo, de pobre; sólo él puede hacernos compasivos, sólo él nos puede ayudarnos a tener un corazón limpio, a ansiar la justicia y la paz, a hacernos entender que la incomprensión, las injusticias y calumnias que podamos encontrar en nuestra vida son camino de santidad .

Las bienaventuranzas son el camino de la santidad y son también el camino felicidad; por eso cada una comienza con la proclamación felices, *bienaventurados*. Contrariamente a lo que muchos piensan, el camino de la santidad es el camino de la felicidad. Porque la acogida de la Palabra de Dios y la fidelidad a lo que nos dice llevan a la felicidad espiritual. La santidad vivida en esta tierra y compartida después en el Reino de Jesucristo, es felicidad (cf. ibídem, 64).

En cambio, son muchas las voces que nos proponen, como camino de felicidad, el entretenimiento, la distracción, la diversión, a fin de no afrontar los problemas que hay a nuestro alrededor. Esto no nos permite vivir a fondo y nos evade de la realidad espiritual que hay en cada uno de nosotros y de las necesidades de tantos hermanos y hermanas nuestros. La atención, en el silencio, en nuestro mundo interior y la apertura a los demás son camino de santidad. Y, por lo tanto, de felicidad. Porque nos permiten

trabajarnos espiritualmente para poder tener un corazón sencillo, limpio, que sabe amar.

El corazón limpio sabe contemplar a Jesucristo y descubrir su rostro en los otros, particularmente en aquellos con los que él ha querido identificarse más: los pobres, los que no tienen lo suficiente para alimentarse o para vivir, los forasteros, los inmigrantes, los enfermos y los que están solos, los presos, para decirlo con las palabras de Jesús cuando habla del juicio final (Mt 25, 31-46). Sí, en los pobres y en los que sufren, se revela de una manera particular el misterio de Jesucristo.

Todos los santos que hoy veneramos vivieron de una manera u otra el espíritu de las bienaventuranzas y también la norma de comportamiento que nos da Jesús de cara al juicio final (cf. GE, 95-96). Y nosotros, si queremos vivir a fondo nuestra condición de cristianos, debemos traducir en nuestra vida estos dos aspectos fundamentales del Evangelio: las bienaventuranzas y el amor fraterno. Que nos serán, también, camino para participar de la gloria de los santos, para que un día, el primero de noviembre sea también nuestra fiesta. Sólo tendremos, sin embargo, la luz para discernir en cada momento y la fuerza de ponerlo en práctica, si acudimos a la oración y la lectura orante de la Palabra de Dios. Aquí podremos extraer lo esencial y que es camino de identificación con Jesucristo. Y, por tanto, camino de santidad y de felicidad ahora y en el futuro.

La contemplación de los santos que la Iglesia nos propone hoy nos anima a vivir y trabajar, a no caer en el pesimismo ante las dificultades y las debilidades, a mantener la alegría espiritual. A vivir en el amor y en la humildad, que son como el resumen de todo el programa que lleva a la santidad.

Ara nos disponemos a celebrar la Eucaristía. En ella, nos unimos a los ángeles y a los santos del cielo para cantar todos juntos en una sola voz la gloria de la Santa Trinidad que se muestra admirable en sus santos. Y para obtener el don de avanzar cada día con deleite, por el camino del amor, hacia donde ya está esta multitud de hermanos nuestros.